

«DEJA DE DECIR MENTIRAS»

– Philippe Besson



«El descubrimiento de la sexualidad»

**150.000 ejemplares
vendidos en Francia**



La Caja
Books

Premio Maison de la Presse



«DEJA DE DECIR MENTIRAS»

– Philippe Besson

Traducción de Palmira Feixas



La Caja
Books — CAJA
ALTA

«Deja de decir mentiras»

Primera edición: octubre de 2018

- © Éditions Julliard, París, 2017.
- «*Arrête avec tes mensonges*»
- © del texto: Philippe Besson
- © de la traducción: Palmira Feixas
- © de esta edición: La Caja Books

Coordinación editorial: Paco Cerdà
Diseño de la colección: Setanta
Corrección: Leticia Oyola
Maquetación: Esperança Martínez

© La Caja Books
www.lacajabooks.com
info@lacajabooks.com

ISBN: 978-84-17496-12-8
Depósito Legal:

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio físico o electrónico, sin autorización por escrito del editor.

En memoria de Thomas Andrieu (1966-2016)

«No se trataba de atraer al deseo. Existía ya desde la primera mirada o no había existido nunca. Era el entendimiento inmediato de la relación sexual o no era nada».

MARGUERITE DURAS, *El amante*

«Él dijo: había decidido dejar de amar a los hombres, pero tú me gustaste».

HERVÉ GUIBERT, *Loco por Vincent*

«Llegué a la dolorosa conclusión de que las posibilidades potenciales habían pasado, de que se había acabado hacer lo que querías cuando querías. El futuro ya no existía. Todo formaba parte del pasado y ahí iba a quedarse».

BRET EASTON ELLIS, *Lunar Park*

Un día, puedo decir exactamente cuándo, sé la fecha, con precisión, un día me encuentro en el vestíbulo de un hotel, en una ciudad de provincias, un vestíbulo que hace las veces de bar, estoy sentado en una butaca, conversando con una periodista, entre los dos hay una mesilla baja, redonda, la periodista me entrevista a propósito de mi novela *Decirte adiós*, que acaba de publicarse, me hace preguntas sobre la separación, sobre el hecho de escribir cartas, sobre el exilio que consuela o no, yo contesto, sé las respuestas a esas preguntas, contesto casi sin prestar atención, las palabras me salen fácilmente, mecánicamente, aunque pasee la mirada por la gente que cruza el vestíbulo, las idas y venidas, las llegadas y las partidas, me invento la vida

de esa gente que se marcha, que llega, intento imaginar de dónde vienen, a dónde se van, siempre me ha gustado eso, inventarme la vida de desconocidos con quienes apenas me he cruzado, interesarme por siluetas, casi es una manía, creo que empecé a hacerlo de niño, sí, fue en mi más tierna infancia, ahora me acuerdo, a mi madre le preocupaba, decía: deja de decir mentiras, decía mentiras en lugar de historias, y sigo igual, así que años más tarde continúo haciendo lo mismo, formo hipótesis mientras contesto las preguntas, mientras hablo del dolor de las mujeres abandonadas, son dos cosas que puedo disociar, que puedo hacer a la vez, cuando distingo a un hombre de espaldas, que arrastra una maleta con ruedas, un hombre joven disponiéndose a salir del hotel, la juventud emana de su porte, de su ropa, y esa imagen me perturba enseguida, porque es una imagen imposible, *una imagen que no puede existir*, podría equivocarme, desde luego, al fin y al cabo, no le veo la cara, no hay manera de vérsela desde mi asiento, pero es como si estuviera seguro de esa cara, como si supiera qué aspecto tiene el hombre, y lo repito: es imposible, literalmente imposible, y, sin embargo, pronuncio un nombre, Thomas, lo grito más bien, Thomas, y la periodista que tengo enfrente se asusta, estaba inclinada sobre su cuaderno, enfrascada, garabateando unas notas, transcribiendo mis palabras, y de repente levanta la

cabeza y se le tensan los hombros, como si le hubiera gritado a ella, debería disculparme pero no lo hago, arrollado por la imagen en movimiento, esperando que el nombre que he gritado surta efecto, pero el hombre no se da la vuelta, prosigue su camino, debería deducir que me he equivocado, esta vez de verdad, que ha sido un espejismo, que el vaivén ha provocado ese espejismo, esa ilusión, pero no, me levanto de un salto, me lanzo a la caza del fugitivo, no me mueve la necesidad de comprobarlo, pues en ese momento aún estoy convencido de tener razón, de tener razón contra la razón, contra la evidencia, alcanzo al hombre en la acera, le pongo la mano en el hombro, se da la vuelta y.

Capítulo uno

1984

El recreo de un instituto, un patio pavimentado, rodeado por edificios antiguos con ventanas anchas y altas, de piedra gris.

Unos adolescentes, con una mochila o una cartera a sus pies, charlan en pequeños corros, las chicas con las chicas, los chicos con los chicos. Si se observa atentamente, se descubrirá a un vigilante, apenas algo mayor que los muchachos.

Es invierno.

Se ve por las ramas desnudas de un árbol plantado allí, en medio, que parece muerto, por la escarcha en las ventanas, por el vaho que se escapa de las bocas, por las manos que se frotan para calentarse.

Es a mediados de los años ochenta.

Eso se adivina por la ropa, tejanos apretadísimos, descoloridos con lejía, salpicados de manchas claras, de talle alto, y jerséis con motivos geométricos; a veces las chicas llevan calentadores de lana, de colores, que les tapan los tobillos.

Tengo diecisiete años.

No sé que nunca volveré a tener diecisiete años, no sé que la juventud vuela, que apenas dura un instante, que desaparece enseguida y cuando te das cuenta ya es demasiado tarde, ya se ha terminado, se ha volatilizado, la has perdido; a mi alrededor algunos lo presienten y lo dicen, los adultos lo repiten, pero yo no los escucho, sus palabras me resbalan, como el agua por las plumas de un pato, soy un idiota, un idiota sin preocupaciones.

Soy un estudiante del último curso de bachillerato de la clase C en el instituto Élie-Vinet de Barbezieux.

Barbezieux ya no existe.

Formulémoslo de otro modo. Nadie puede decir: conozco ese sitio, sé situarlo en el mapa de Francia. Aparte, tal vez, de los lectores cada vez más raros de Jacques Chardonne, nativo de la ciudad, que alabó su improbable «felicidad». O de aquellos, más numerosos, pero ¿acaso se acuerdan?, que antaño tomaban la nacional 10, a principios de agosto, para ir de vacaciones a España o a las Landas, y sistemá-

ticamente acababan bloqueados en los atascos, allí, precisamente, a causa de una serie mal pensada de semáforos tricolores y del estrechamiento de la calzada.

Está en Charente. A treinta kilómetros al sur de Angulema. Casi al extremo del departamento, casi en el de Charente-Marítimo, casi en la Dordogne. Tierras calcáreas ideales para cultivar viña: no como las que dan al Lemosín, arcillosas y frías. Clima oceánico: los inviernos son suaves y lluviosos, no siempre hay verano. Por muy lejos que se remonte mi memoria, la grisura lo domina todo; la humedad. Vestigios galorromanos, iglesias y castillos; el nuestro se asemeja a una fortaleza, pero ¿qué debía de defender por aquel entonces? Alrededor: colinas; dicen que el paisaje es ondulado. Y eso es todo, más o menos.

Nací allí. En aquella época, aún había una maternidad. Cerró hace muchos años. Ya nadie nace en Barbezieux, la ciudad está condenada a desaparecer.

¿Y quién conoce a Élie Vinet? Aseguran que fue profesor de Montaigne, aunque jamás se ha demostrado a ciencia cierta. Digamos que fue un humanista del siglo xvi, traductor de Catulo y director del Collège de Guyenne en Burdeos. Y que el azar hizo que naciera en Saint-Médard, un enclave de Barbezieux. Le pusieron su nombre al instituto. No encontraron otro mejor.

En fin, ¿quién se acuerda de las clases C del último curso de bachillerato? Hoy las llaman S, creo. Aunque esa sigla no encierre la misma realidad. Eran las clases de matemáticas, supuestamente las más selectivas, las más prestigiosas, las que abrían las puertas de las clases preparatorias, que podían llevar a las grandes escuelas, mientras que las otras condenaban a la universidad o a los estudios profesionales de dos años; o se acababan ahí, como un callejón sin salida.

Así, pues, soy de una época pretérita, de una ciudad moribunda, de un pasado sin gloria.

Que nadie se llame a engaño: eso no me entristece. Es así. Yo no elegí nada. Como todo el mundo. Lo sobrellevo.

De todas formas, a los diecisiete años, no tengo una consciencia tan clara de la situación. A los diecisiete años no sueño con la modernidad, ni con el firmamento. Me conformo con lo que me dan. No albergo ninguna ambición, no me domina ningún odio, ni siquiera conozco el tedio.

Soy un estudiante ejemplar, que nunca se salta una clase, que casi siempre saca las mejores notas, que es el orgullo de sus profesores. Hoy, a ese muchacho de diecisiete años le daría una bofetada, no por sus buenos resultados, sino porque tan solo procura complacer a sus jueces.

Estoy en el patio, con los demás. Es la hora del recreo. Salgo de dos horas de filo («¿Se puede admitir la libertad del hombre y a la vez suponer la existencia del inconsciente?»; nos aseguran: ése es el típico tema que puede caer en la sele). Me espera una clase de ciencias naturales. El frío me pica las mejillas. Llevo un jersey de rombos azul. Un jersey informe, que me pongo demasiado a menudo, que suelta pelusa. Tejanos y deportivas blancas. Y gafas. Eso es una novedad. Perdí muchísima vista el año anterior, me volví miope en pocas semanas sin que se supiera por qué, me prescribieron que llevara gafas y obedecí, no hubo más remedio. Tengo el pelo rizado, fino, y los ojos tirando a verdes. No soy guapo, pero llamo la atención; eso lo sé. No por mi aspecto, no, a causa de mis resultados, murmuran: es brillante, está muy por encima de los demás, llegará lejos, como su hermano, en su familia son un hacha, estamos en un lugar y un momento en que muchos no van a ninguna parte, y eso me granjea simpatía y antipatía a partes iguales.

Soy ese joven, en el invierno de Barbezieux.

Los que están conmigo se llaman Nadine A., Geneviève C. y Xavier C. Tengo su cara grabada en la memoria, mientras que otras tantas, más recientes, la han desertado.

Sin embargo, no son ellos quienes me interesan.

Sino un chico a lo lejos, apoyado en uno de los muros, flanqueado por dos tipos de su edad. Un chico con el pelo enmarañado, una barba incipiente y la mirada oscura. Un chico de otra clase. De la D. Otro universo. Entre nosotros, una frontera infranqueable. Tal vez desprecio. Al menos, desdén.

Y yo solo tengo ojos para él, el chico larguirucho y distante, que no dice nada, que se contenta con escuchar a los dos tipos, sin terciar, sin sonreír siquiera.

Sé su nombre. Thomas Andrieu.

Debo decir que soy el hijo de un profesor, del director de la escuela.

Por lo demás, crecí en una escuela primaria a ocho kilómetros de Barbezieux; en la planta baja, la única clase del pueblo; en el primer piso, el apartamento que nos habían otorgado.

Mi padre fue mi maestro desde el parvulario hasta quinto de primaria. Siete años recibiendo sus enseñanzas, él con su bata gris y nosotros detrás de los pupitres de madera, siete años calentados por una estufa de fuel, con mapas de Francia en las paredes, de la Francia de antes, una Francia con sus ríos y afluentes, con los nombres de las ciudades escritos en tamaños proporcionales a su población, editados por la librería Armand Colin, y, tras las ventanas, la sombra que daban dos tilos, siete años diciéndole